

Aishiteru

Sonia Montiel Huerga

Víctor abrió la puerta con cierta timidez. Un sutil hilo musical lo recibió mientras se adentraba en la pequeña tienda de cómics. Nunca había estado allí antes, y no tardó en sentirse un completo extraño.

Extraterrestre, tal vez.

—¡Bueno! —tronó una voz entusiasta tras él—. ¡Ya estamos aquí! Ahora solo tenemos que encontrar el dichoso... —Se interrumpió. Él también había notado el hilo musical—. ¿Música en chino? ¿A qué sitio me has traído, tío?

Víctor respiró hondo. Quizá él no perteneciera del todo a aquel entorno, pero la experiencia le había enseñado a respetarlo, que no a entenderlo del todo. Se volvió hacia su amigo, al que había arrancado de su siesta para evitar ir allí solo.

—No cantan en chino, Pablo —le explicó—. Cantan en japonés. Creo que lo llaman J-Pop o algo así.

—Ah... —Pablo se encogió de hombros, aburrido—. Lo que sea, a mí me suenan igual...

Víctor sonrió. A él también le sonaban igual al principio. Pero todo había empezado a cambiar meses atrás, el día que la conoció.

—Hola, ¿puedo ayudaros?

Pablo propinó un codazo disimulado a su amigo al ver a una de las dependientas de la tienda, una chica no mucho mayor que ellos que llevaba un chaleco rojo como uniforme. De este prendía una chapa con su nombre.

—Eh, sí... Alba —leyó Víctor antes de continuar con una sonrisa nerviosa—. Estamos buscando un cómic.

—Genial, habéis venido al sitio indicado —les informó ella. Señaló las estanterías—. Ahí los tenéis, ordenados por género, título y número de tomo.

Víctor y Pablo se miraron.

—Gracias... —murmuró el primero.

Se acercaron a la primera estantería despacio, como quien se enfrenta a un acertijo de lo más retorcido. Pablo silbó al ver la cantidad de mangas.

—¿Sabes cuál es el que buscamos?

—No.

—¿Qué? —Pablo le lanzó una mirada incrédula—. ¿Y cómo se supone que vamos a encontrarlo sin saber cuál es? ¡Hay un montón!

—No lo sé, tío, no lo pensé cuando se me ocurrió, creí que lo averiguaría antes, pero con los exámenes y todo se me ha echado el tiempo encima y...

—No tienes remedio —resopló el otro, negando con la cabeza—. Tiene que haberte dado fuerte con esa Claudia como para venir hasta aquí...

Víctor no respondió. Había comenzado a hojear un tomo al azar.

—¿Cómo la conociste? —se interesó Pablo—. ¿La viste en la biblioteca o algo así?

Víctor suspiró. Lo recordaba perfectamente, como si hubiese sido ayer.

—Me la crucé en el pasillo —dijo. Se le escapó una sonrisa—. Con todos esos muñequitos colgando de la cremallera de la mochila, el collar de colores... No sé, me llamó la atención. Pero no hablé con ella hasta una semana después, cuando le robaron el bolso.

—¿Qué dices?

—Sí —repitió Víctor, apesadumbrado—. Yo estaba saliendo del instituto y me la encontré en el suelo llorando. No me dio tiempo casi a ver a dos corriendo con el bolso a cuestas.

—Qué putada... Le echarían la bronca en casa seguro.

—¿Eh? Ah, no. No llevaba nada de valor porque nunca trae la cartera a clase. Bueno... lo de valor es relativo. —Volvió la vista hacia las estanterías—. Me dijo que en el bolso llevaba su tomo favorito de su serie favorita.

—¿Y entonces fue cuando la invitaste a merendar?

—Sí.

—Ooooh, qué romántico.

—Cállate y ayúdame a buscar.

—Pero tío... —Pablo cogió un tomo al azar—. Si no sabes qué serie es tienes tantas probabilidades de acertar como yo de aprobar Lengua con matrícula.

—Tengo que intentarlo —insistió Víctor—. Seguro que le gustará mucho y, no sé, quién sabe...

—Oh, ya veo... —Pablo esbozó una sonrisa maliciosa—. ¡Lo quieres para pedirle salir!

—¡Calla, hombre!

—Chicos —Alba, la chica de antes, se acercó hasta donde estaban—, estáis hablando muy alto. ¿Os importaría...?

—Oh, lo siento —se disculpó Víctor, colorado como un tomate—. ¿Podrías ayudarnos?

—Para eso estoy —respondió ella, levantando los pulgares—. ¿Qué estáis buscando?

—No lo sabemos —le informó Pablo, mirando el reloj con impaciencia—. Un cómic que su novia ha perdido.

—No es mi novia —gruñó Víctor.

—¿Y no sabes el título de la serie?

—No.

—Vale... —Alba se rascó la barbilla, pensativa—. ¿Es un *shojo* o un *shonen*?

Los chicos la miraron como si les hubiera hablado en otro idioma.

—Vale... —Alba buscó las palabras adecuadas. ¡Qué complicado era hablar con quien no tenía mucha idea sobre manga! —. *Shojo* es manga para chicas. Historias románticas, de instituto, amores imposibles... —Ante el silencio de Víctor, continuó—. El *shonen* está más pensado para los chicos. Tiene más acción, menos romance... Es menos sentimental, vamos.

—No tengo ni idea de qué es lo que buscamos —reconoció por enésima vez Víctor, que empezaba a arrepentirse de la idea que había tenido—. ¿Puedes decirme algún nombre a ver si me suena?

—Pues... De *shojo*... Nana, Peach girl, Marmalade boy...

—¿Chico mermelada? —se rio Pablo.

—...Y de *shonen* tenemos así más populares One Piece, Naruto, Bleach, Fullmetal Alchemist, Death Note... También Akira, aunque es más bien *seinen*, Dragon Ball...

—Ajá...

Silencio. Víctor no sabía qué hacer. Estaba saturado de nombres, de palabras nuevas, de dibujos de ojos grandes que lo miraban desde sus portadas como si le estuvieran suplicando ser elegidos para abandonar la estantería. Todo, todo lo que le rodeaba en aquel momento le recordaba a ella, a su sonrisa tímida, a su mirada expresiva capaz de removerle por dentro.

Suspiró. Tenía que hacerlo. Tenía que encontrar aquel condenado manga como fuera.

La campanilla de la tienda tintineó al tiempo que la puerta se abrió.

—¡Hola, Alba! ¿Te ha llegado ya el 2 de Rurouni Kenshin? Sigo sin encontrarlo, debe de estar descatalogado o algo... ¿Víctor?

Su voz lo atravesó de parte a parte. Como una llamada que en vez de matar revivía. Como una descarga que le impedía pensar en nada que no fuese ella.

Estaba allí...

Solo el codazo de Pablo consiguió hacerle reaccionar, lo justo para pronunciar su nombre, lo justo para recuperar el valor para lanzarse a su propia aventura personal, fuese shojo, shonen o quién sabía qué.

—Claudia... —musitó casi sin voz. La joven lo miró, sorprendida. De pronto, sus ojos se detuvieron en lo que él llevaba en la mano.

—¡Víctor! —exclamó, impresionada—. ¡Lo encontraste!

—¿Qué? —Víctor miró el cómic que había sacado para hojear y reprimió un grito.

Era el tomo 2 de Rurouni Kenshin.

Justo el que Claudia había ido a buscar.

—No sabía que te gustase el manga —comentó ella, mirándole como si lo estuviera haciendo por primera vez.

Víctor se encogió de hombros, sin saber qué decir. Estaba bloqueado. Claudia, por suerte para él, no. Le bastó con cruzar una mirada con Pablo y otra con Alba para entenderlo todo. Sus labios se curvaron en una amplia y cálida sonrisa.

—¿Quieres merendar?

Pablo recorrió los últimos metros de calle que le quedaban para llegar al portal de su casa. Volvía solo, arropado por las luces amarillentas de las farolas y sus propios pensamientos.

¿Cómo le habría ido a Víctor con Claudia? Se habían despedido en cuanto salieron de la tienda. Él, consciente de lo importante del momento, había preferido desmarcarse.

Sin dejar de caminar, sacó del bolsillo su móvil con intención de mandar un whatsapp a su amigo.

Pero antes se topó con su estado.

—*Ai... Aishiteru* —leyó en voz alta. Frunció el ceño—. ¿Otra palabra rara?

No quiso darle más vueltas. Ya preguntaría al día siguiente en clase. Con un bostezo, metió la mano en el bolsillo de su cazadora para sacar las llaves.

Palabras raras. El mundo estaba lleno de ellas.

Sin embargo, no todas tenían la misma intensidad que aquella, no todas eran capaces de prender un corazón en llamas y elevar al dueño hasta el mismo cielo.

Pocas, muy pocas palabras podían enorgullecerse de gozar de la misma intensidad que un «te quiero».

Y *aishiteru* era una de ellas.